

EL PIJAMA DE OLGA

"...La vida que fue un río, es ahora un océano,
el pasado es la arena y el agua es el futuro..."



“La danza de la vida” (Eduard Munch)

Fermín estaba a punto de cumplir sesenta y cinco rebosante de sabiduría y juventud, dispuesto a comenzar una nueva vida en Zaragoza. Hacía poco que había cerrado su negocio de toda la vida desde que, a los treinta dejó su empleo de conductor profesional y tomó las riendas de un bar de mala muerte en el barrio húmedo de León. Su buen carácter hizo que prosperara rápido aquel garito en el que estuvo aprendiendo de la vida y recitando canciones a la vez que poesía, mientras tiraba cañas haciendo amigos. Le daba igual Lorca, Machado o Hernández y también leía a los modernos, pero de estos conocía menos nombres, Benjamín Prado, Sabina y pocos más, aunque se aprendiera de memoria sus poemas.

Antes de subir al tren, camino a Zaragoza para vivir allí, tenía en su mente dos palabras, baile y viaje. La primera le producía tristeza porque, al morir su hermana le hizo prometer que si volvía a su ciudad, daría clases de tango en la academia que ella había fundado. La segunda, viaje, espoleaba su cabeza con el ansia de quien por su especial trabajo de camarero no había salido de León en los últimos treinta años.

La nueva ocupación le quitaría tristeza por la falta de Pilar, su gran apoyo en los duros años de infancia cuando perdieron a sus padres. Ella vivió para el tango y decía que sólo Fermín era tan bueno como ella bailando aquella música transgresora y sensual. En cuanto pusiera en marcha las clases retomaría sus ansias de viaje. En eso estaba absorto cuando saludó a su compañera de asiento que se acomodaba con dos mochilas, una bolsa transparente llena de bocadillos y “El último encuentro” de Sándor Marai entre las manos.

-Hola, son para mis hijos- dijo Olga señalando los bocatas de jamón y queso mas unas cuantas mandarinas. Me esperan en la estación con la merienda que les he prometido. ¿Tú tienes hijos? ,preguntó espontánea.

-Si, uno pero ya emancipado, no vive conmigo, respondió Fermín.

Se hizo un silencio breve que ninguno de los dos sabría decir quien lo rompió pero siguieron hablando sin parar hasta el final del trayecto. Al bajar del tren ya se conocían, ambos eran poco tímidos, así que se despidieron con una cita pendiente y una película juntos, “El piano” de Jane Campion. Al salir del cine querían seguir comiéndose a besos como dos adolescentes pero camino a la cafetería Olga, no se andó por las ramas.

-Creo que podríamos vivir juntos, si te apetece ver crecer a dos jovencitos con acné, tienes la edad ideal para volver a ser padre, dijo sonriendo. Aunque también tendrías que cuidarme a mi, soy adicta y tan sólo llevo tres meses sobria, me has pillado en pleno proceso de desintoxicación. Fermín tembló de pies a cabeza, no le importaba nada que él fuera veinte años mayor pero la lucha contra el alcohol siempre le pareció el demonio, así de terrible era su experiencia al ver borrachos al otro lado de la barra del bar. Estremecido, tan sólo acertó a susurrar un “si me dejas intentarlo...”

Ahora, cada vez que echaba la vista atrás y recordaba su primera cita, se veía también dando clases de tango mientras su amante asistía a terapia. A pesar de los grandes obstáculos de la vida, fueron siempre eternos amantes, tuvieron esa suerte. No se ponían de acuerdo en si el enamoramiento surgió en el tren o en el cine pero en lo demás, hubo pocas fricciones.

La felicidad que compartieron alcanzó también a los hijos de Olga que, junto a Fermín sortearon la adolescencia y primera juventud ayudando a que su madre no volviera a probar ni una gota de licor. Podríamos decir que consiguió salir del alcohol, a pesar de que los expertos dicen que nunca se deja de ser alcohólico. Y lo hubiera logrado si antes de cumplir sesenta no hubiese recibido el diagnóstico de Alzheimer. Ahí se paró el contador del tiempo en el que su mente sintió el amor vivido. Ella, sostuvo siempre que la edad no era impedimento para amar y sentir placer, “dan igual cuarenta que ochenta” repetía. “Mientras hay deseo hay estimulación, así lo dicen los expertos, y bien que lo comprobamos nosotros que tú ya pasas de setenta, Fermín”, decía sonriendo.

Y Fermín, al volver la vista atrás, era feliz al recordar aquello que su mujer decía con tanta emoción y seguridad.

Con el paso del tiempo, terminó entendiendo algo que la ciencia se empeñaba en demostrar una y otra vez. De acuerdo con las últimas investigaciones neurológicas “ciertos estímulos táctiles acompañados de sonidos o voces familiares, pueden llegar a derribar algunas barreras físicas que el alzheimer ha creado en el cerebro humano”.

Por eso al visitar a Olga escuchaba con agrado lo que le contaban sus cuidadores entre guiños y risas. Resulta que a su mujer, debido a la dolencia que padecía, le costaba dejarse vestir o desnudar pero habían observado que existía una palabra mágica que junto al nombre de él hacía milagros. Así, cuando no se dejaba poner la ropa antes de dormir le decían “ te ponemos el pijama de Fermín” y al escuchar eso Olga sonreía y se relajaba con dulzura.

Tal vez su marido quería pensar que en esos momentos los dos, bien conscientes, se unían en un limbo imaginario donde sólo cabían ellos y su historia de amor. Cabe imaginar también que por eso los médicos y científicos repiten cada día más que el amor es terapéutico y que el sexo con amor, lo es aún más porque las endorfinas entonces se liberan a tal velocidad que nos hacen viajar hasta las nubes y allí arriba no puede llegar el dolor.

FIN